

I

Eva regresaba en tren desde Madrid. Acababa de terminar un curso especializado en paleografía, de una semana de duración, con el fin de mejorar su historial académico como licenciada en humanidades y especializada en archivística, de cara a encontrar un trabajo adecuado para su formación. Para ello tendría que presentarse a las oposiciones que en los siguientes meses se convocaran para archivos y bibliotecas y que por dos veces había suspendido. No era el primer curso que hacía, se trataba del quinto en menos de tres años, siempre en lugares distantes de su casa y sobre temas que no se estudiaban con la suficiente profundidad en la facultad. Todo su esfuerzo estaba dirigido hacia el futuro porque no encontraba ningún trabajo en el presente que le ofreciera cierta seguridad y unas condiciones económicas aceptables. No pedía más. Su ambición había ido menguando en la medida en que el tiempo avanzaba y las puertas se cerraban, pero una pequeña voz en su interior le decía que debía aguantar un poco más antes de resignarse y abandonar aquello que había estudiado.

Cuando regresaba a casa después de cada uno de los cursos le acompañaba la sensación de culpa, como si estuviera malgastando el dinero de sus padres y no pudiera ofrecer nada a cambio. Su campo de especialización era muy limitado y poco valorado porque se nutría del pasado. No era fácil que su familia y amigos comprendieran lo que hacía sin que consideraran que su actividad era poco útil a la sociedad. Desde que la globalización se había impuesto, la formación se medía en función del provecho inmediato y de las posibilidades laborales que generara. La ilusión por aprender y consolidar el conocimiento se estaba perdiendo.

Esa vez no regresaba deprimida, le quedaba un mínimo margen para la esperanza. Hacía dos días que había recibido una llamada de la Oficina de Empleo en la que le comunicaron una oferta de trabajo temporal. No parecía un trabajo apasionante,

pero al menos estaba relacionado con la carrera que había estudiado. Debía acudir al ayuntamiento de Valenzuela de Calatrava para hacerse cargo de la labor de documentación de unos legajos antiguos que se habían hallado al derribar una casa. Estaban en el interior de varias cajas que habían permanecido ocultas en la cámara de una vivienda que iba a convertirse en la nueva sucursal de una caja de ahorros. Distaba de ser el trabajo soñado, pero se trataba de un contrato de tres meses que podría añadir a su historial académico. Casi siempre se valoraba más la experiencia laboral que el conocimiento, aparte de que le aportaría algo de dinero para gozar de cierta independencia sin tener la sensación de estar aprovechándose de su familia, que no gozaba de una posición desahogada.

En la estación del AVE de Ciudad Real la esperaba su padre para llevarla a casa. Se intercambiaron los mismos saludos fríos que habían repetido otras veces y en los que el cariño era difícil de detectar. Hablaron brevemente del viaje y del frío que hacía antes de subir al coche, poco más tenían que decir sin que se produjera el conflicto que causaba la incompreensión mutua.

Era una noche invernal, la noche de San Antón, una de las fiestas más importantes de su pueblo: Almagro. Al subir la pequeña cuesta que se encuentra a mitad de camino entre Pozuelo y Almagro, Eva tuvo una visión única. Cientos de diminutas hogueras ardían en las calles y las estelas de humo creaban una cúpula sobre la ciudad. Era la noche del fuego, en la que todos los ciudadanos reunían los viejos muebles junto a palés rotos y cepas arrancadas por los labradores de los viejos viñedos para prender el fuego purificador. En buena parte del Campo de Calatrava no es durante la noche de San Juan cuando se encienden las hogueras que reúnen a la población, la tradición las sitúa en la noche de San Antón. Eva no sabía hasta dónde se remontaba esa tradición en la historia y cuál era el origen que llevaba a los vecinos a implicarse en alguna de las hogueras que se extendían por todos los rincones de la villa en esa gélida noche de invierno. Cualquier visitante que se encuentre en el pueblo se puede acercar a la lumbre y siempre encontrará un trago de vino y una tapa de *somallao*, un guiso a base de pimiento seco, ajo y

bacalao que se elabora en una sartén a fuego lento en todas las hogueras para demostrar que es el mejor de la villa.

Era hermoso contemplar su pueblo iluminado por el fuego. Le hacía remontarse a la época de la historia por la que sentía más fascinación, la que iba desde finales del siglo XVI hasta mediados del XVII, periodo conocido como Siglo de Oro. Entonces fue cuando la Universidad abrió sus puertas en Almagro y se inauguró el Corral de Comedias construido por Leonardo de Oviedo, que con el tiempo se había convertido en el monumento emblemático de la villa. Como licenciada en humanidades y amante de la historia le hubiera gustado vivir en esa época muy agitada en lo social y de esplendor cultural que en nada se parecía a lo que estaba viviendo.

Apenas si se detuvo en su casa para dar un beso a su madre y dejar el equipaje sobre la cama porque tenía que acudir a la hoguera que compartía con sus amigos. No lo hacía porque tuviera ilusión por participar en la fiesta, sino porque no abundaban las ocasiones que tenían de reunirse para contar las novedades. Todos estaban entre los veintisiete y los treinta años, y el destino los iba guiando por diferentes caminos, tanto profesionales como afectivos, por caminos que difícilmente volverían a encontrarse, y menos aún en las mismas condiciones que habían disfrutado desde la adolescencia hasta que comenzaron a estudiar en la universidad o a trabajar, los más afortunados.

Se sentó junto al fuego y se sumó a las conversaciones que mantenían sus amigos. No era difícil seguirlos porque le sonaban a otras charlas de antiguas reuniones, las mismas historias repetidas una y otra vez, aunque cambiaba la forma de interpretarlas que otorga la edad. Eva pensaba que ya sólo les unían las vivencias compartidas, episodios difuminados por el tiempo que se convertían en la sombra del pasado, aunque algunos no se cansaban de contarlos porque les costaba adaptarse al presente. Ella sentía que su vida iba en otra dirección, aunque no tenía muy claro cómo seguirla, o tal vez fuera más adecuado decir que carecía de los medios, porque era una mujer con la cabeza muy bien estructurada en su lado intelectual, aunque no tanto en su parte afectiva. Con dos de los hombres que estaban sentados junto a la

hoguera había mantenido relaciones amorosas, o de pareja, porque muchas veces el amor está ausente de esos encuentros. Con el primero vivió una experiencia dolorosa que el tiempo había curado, y con el segundo se anticipó al cortar antes de que se pudiera consolidar algo que carecía de ilusión y de futuro.

Desde hacía diez meses había otro hombre en su vida, un hombre que no pertenecía a su grupo, aunque también vivía en Almagro. Vicente tenía treinta y dos años y trabajaba como diseñador de muebles para una importante fábrica que tenía su sede en la ciudad. También se encargaba de coordinar la labor publicitaria en cuanto a la realización de catálogos, creación de cuñas radiofónicas o anuncios en prensa y televisión. Para los trabajos de mayor envergadura colaboraban con una agencia de Madrid. Él también celebraba la fiesta en una hoguera junto a sus propios amigos. En esos días la tradición era más poderosa que el afecto, y antes de ocuparse de las relaciones particulares era preciso cumplir con el grupo.

Avanzada la noche apareció Vicente conduciendo su coche nuevo, un reluciente deportivo. Su presencia produjo el murmullo de varios miembros del grupo, sobre todo entre las mujeres porque los hombres suelen silenciar la envidia. Eva lo recibió con una sonrisa y un beso, aunque no le agradaba que su novio se dedicara a exhibirse públicamente como triunfador. Ella no era una de las mujeres que presumen de atrapar al hombre que desean sus amigas. Se sentaron apartados del resto para contar con cierta intimidad. Vicente le preguntó por el curso realizado, sobre lo que Eva no se extendió porque sabía que él carecía de interés por la paleografía y por todo aquello que considerara antiguo. Solía alardear de anticiparse al futuro y decía que no se podía vivir anclado al pasado. Era un hombre que utilizaba con frecuencia frases que otros habían creado y de las que se había apropiado para utilizarlas en un contexto diferente, algo que solía ser útil en publicidad, pero que a Eva le sonaba a falso, aunque no se lo decía para que no se enfadara porque le costaba encajar las críticas.

Vicente comentó que la empresa había crecido un veinte por ciento durante el último año y su papel había sido reconocido

hasta el punto de requerir su opinión de cara a la ampliación de mercado y la expansión internacional. Ya se veía viajando a las ferias más importantes del mundo. La modestia no era una de sus principales cualidades, y en cuanto tenía la oportunidad le gustaba situarse en un plano superior desde el que era más cómodo mirar al resto. Eva, con algo de temor, dijo que también iba a trabajar durante tres meses. No quiso llamarlo cuando la avisaron porque temía que a Vicente no le agradara que se fuera a Valenzuela para hacer un trabajo de tan escasa entidad. Como suponía, su novio no se mostró entusiasmado. Dijo que se alegraba de que fuera la elegida, pero al mismo tiempo le recordó que la oposición debía ser prioritaria y ese trabajo le iba a quitar mucho tiempo de estudio, aparte de que la labor de documentación se pagaba muy mal y ella se estaba rebajando al aceptar a cambio de unas migajas. A veces, Vicente tenía la cualidad de congelar la ilusión con la simple enumeración de datos económicos y estadísticos, y eso, para una persona frágil y soñadora, se convertía en un lastre que minaba cualquier atisbo de esperanza. Al darse cuenta de la tristeza que había provocado, trató de animarla, pero el daño ya estaba hecho, aunque cambiaron de tema para que el resto de la gente no se enterara del conflicto.

Eva no esperó a que terminara la fiesta, que solía concluir cuando llegaba el alba y sólo quedaban los rescoldos de las hogueras con los que se asaban las últimas chuletas. Pasadas las tres de la mañana se marchó subida en el coche de Vicente. Hacía algún tiempo que había comprendido que la diversión no era directamente proporcional al número de horas que se pasara bebiendo. Su novio trató de convencerla en la puerta de su casa para que pasara la noche con él, pero ella no solía dar marcha atrás en sus decisiones y esa noche quería dormir sola, lo que molestó a Vicente porque no estaba acostumbrado al rechazo.

Valenzuela dista, por una carretera recta y poco transitada, siete kilómetros de Almagro, por lo que en apenas cinco minutos podría llegar al trabajo si se desplazaba en coche, y veinte minutos si lo hacía en bicicleta. Bastante menos de lo que tardaría en Madrid en llegar hasta la boca de metro más cercana, pero eso no

hacía que el trabajo fuera más apetecible, sobre todo cuando se tiene interés en progresar en aquello que se ha estudiado. Su meta pasaba por alcanzar un puesto en los archivos de las ciudades que cuentan con mayor importancia histórica, como Granada, Salamanca, Toledo o Madrid, pero temía que su ambición fuera mucho más lejos que su capacidad de aprendizaje y de aguante.

Tenía una cita con la concejala de cultura a las diez de la mañana. Quería mostrarle el material hallado y explicarle la labor que debía realizar para que quedara archivado correctamente y en buenas condiciones de ser utilizado en el futuro, en caso de que alguno de esos documentos despertara el interés de los investigadores; aparte de que su labor ayudaría a conocer un periodo de la historia de la localidad que estaba poco documentado. Eso le había dicho cuando hablaron por teléfono para concretar la cita.

Eva le pidió el viejo coche a su padre, el que había utilizado su hermano cuando trabajaba de viajante antes de casarse, y que ya no estaba para dar viajes largos. Su padre se mostró más preocupado por su capacidad como conductora que por el estado del vehículo, pero accedió a su petición porque le prometió que sólo lo utilizaría para ir al trabajo y porque su madre salió en su ayuda apelando a la responsabilidad de Eva.

Llegó puntual a la cita, incluso antes de la hora convenida. Al entrar en el edificio se encontró con Nicolás, el viejo ordenanza del ayuntamiento que tenía bajo su responsabilidad una serie de atribuciones para que la actividad institucional en el pueblo no quedara paralizada, aunque ya estaba cerca de la jubilación y se tomaba la vida con bastante calma, porque en el fondo había pocas cosas por las que fuera necesario correr, y menos en un pueblo de ochocientos habitantes en el que vivía muy poca gente joven durante el invierno.

Nicolás se quedó mirando fijamente a esa joven hermosa que llegaba de fuera.

—Supongo que eres la muchacha que viene a encargarse de los papeles viejos.

—Sí.

—La concejala se va a retrasar media hora. Tiene al crío pequeño con gripe y lo ha llevado al médico. ¿Tienes algo que hacer hasta que venga?

—No.

—Claro, en este pueblo hay muy poco que hacer para una chica joven. Si no te molesta la compañía de un viejo carcamal chismoso, te invito a tomar café en el Hogar y te cuento lo que sé sobre cómo han aparecido todos esos papeles que tienes que ordenar, suponiendo que te interese.

—Me interesa conocer la historia y me gusta tomar café. Me llamo Eva.

—Yo soy Nicolás y creo que nos vamos a llevar bien.

Nicolás dejó un cartel en el mostrador en el que estaba escrito «*Vuelvo enseguida*» y marcharon hacia el Hogar del Jubilado, situado a la vuelta de la esquina. Varios ancianos dejaron de prestar atención a la partida de cartas y se volvieron a mirarlos cuando entraron.

—¿No será tu nieta, Nicolás? —preguntó uno.

—Es mi nueva compañera de trabajo —respondió con orgullo.

—Lástima que llegue treinta y cinco años tarde —dijo otro.

—Más vale tarde que nunca —añadió un tercero antes de continuar con la partida.

—La capacidad para contemplar la belleza y la nostalgia son de las pocas cosas que no se pierden con la vejez —le dijo Nicolás cuando se acomodaron en la barra.

—Gracias por la parte que me toca.

—No sé si te gustará tu trabajo, ni si los documentos que te corresponde estudiar tendrán algún valor histórico. Me temo que la mayoría de ellos no valdrá ni su peso en papel, pero han estado muchos años ocultos y eso les otorga cierto misterio. La *Casa de los Notarios*, como la conocemos los de aquí, llevaba cerca de cuarenta años cerrada cuando llegó la excavadora para echarla abajo.

—¿Tenía algún valor histórico el edificio?

—No creo. Era un viejo caserón de pueblo que durante años apenas si valía cuatro perras y que en los últimos tiempos se ha revalorizado mucho por la cercanía del futuro aeropuerto. Hace

tiempo circularon algunas leyendas sobre la familia que la habitó en el pasado, pero la memoria del pueblo se ha ido perdiendo y queda poca gente que pueda recordar.

—¿Usted se acuerda de algo?

—Sí, recuerdo que no me gusta que me traten de usted porque me hace sentirme más viejo de lo que soy. Sólo se lo permito al cajero del banco, y porque así creo que el poco dinero que tengo ahorrado me puede servir para algo.

—¿Qué sabes de esa casa?

—Eso está mejor. Supongo que alguno de estos carcamales recordará más cosas que yo, aunque la memoria con la edad se vuelve traicionera. Me parece que los últimos que vivieron allí fueron Antonio Alba y su mujer, Dolores. Se marcharon a Barcelona a finales de los sesenta y se metieron a trabajar en una portería. Supongo que eso no te será muy útil. Creo que la clave está en que el abuelo de Dolores fue alcalde durante la República, y puede que fuera el que ocultó la documentación, durante la guerra, bajo un montón de ladrillos en el fondo de la cámara de su casa. Luego fue uno de los muchos que murieron fusilados, en los dos bandos, y después nadie se acordó de esos papeles porque había cosas más importantes que hacer. Supongo que la mayoría son documentos propios de la gestión realizada en el ayuntamiento, aunque él debió atribuirles algún valor cuando los ocultó.

—Al menos es un buen punto de partida para empezar el trabajo.

—Sabes, hay algo que siempre me llamó la atención de esa familia. Tenían uno de los motes más originales de la zona y eso que por aquí los hay muy buenos, mientras otros están puestos con muy mala leche.

—¿Cómo les decían?

—Los *Escrito está*, de ahí procede el nombre de la *Casa de los Notarios*, porque parecía que todo lo que decían sus ocupantes estaba registrado.

—¿Qué era lo que estaba escrito?

—Esa era la pregunta que se hacía la gente, supongo que de ahí surgió la curiosidad que me despertaba ese mote.

—¿No sabes cuál es su origen?

—Debe venir de muchas generaciones atrás. Mi abuela Rufina me dijo una vez que se debía a que uno de sus antepasados se pasaba todo el tiempo presumiendo de su grandeza porque era descendiente directo de alguien muy importante, y cuando la gente se burlaba de él, siempre respondía: «Escrito está». Y se quedó con el mote.

—Puede que esos papeles nos ayuden a saber lo que está escrito.

—Entonces me iría a la tumba con una duda menos.

Habían terminado el café y llegaba la hora de regresar al ayuntamiento. La concejala estaba en su despacho y recibió a Eva. Le explicó el cometido que debía realizar, y le dio alguna información parecida a la de Nicolás, pero se expresaba con términos más pragmáticos, lo que le quitaba el misterio y el encanto que añadía el ordenanza. Después le pidió que la siguiera hasta un pequeño cuarto donde había cuatro cajas grandes que contenían todos los documentos encontrados en la casa. Ese iba a ser su despacho durante los tres meses siguientes. Eva, al comprobar el volumen de las cajas, dijo que se trataba de muy poco tiempo para documentar todo el material. La concejala respondió que el ayuntamiento carecía de fondos propios para financiar esa labor, y la subvención recibida de la Junta de Comunidades sólo alcanzaba para pagar tres meses. Le pidió que diera prioridad a aquellos documentos que pudieran ser más trascendentes para la historia del pueblo y el resto los dejara bien ordenados por si conseguían otra subvención para continuar más adelante con el trabajo. Luego añadió que le pidiera a Nicolás todo lo que necesitara para comenzar su labor, salvo un ordenador, porque en el ayuntamiento no quedaba ninguno libre. La concejala le pidió que le informara inmediatamente si encontraba algún documento que debiera darse a conocer públicamente, y después se marchó. No volvería a entrar en ese cuarto durante los tres meses siguientes.

Eva se quedó mirando la habitación, que era poco mayor que un trastero y carecía de luz natural. Contaba con una vieja mesa de despacho y un sillón de madera, que debían quedar como vestigios del antiguo mobiliario del ayuntamiento. Sobre la mesa tenía un flexo, y a un lado había un armario metálico que contenía

dos paquetes de folios y una caja de sobres con el membrete municipal impreso. Nicolás llegó mientras ella miraba un viejo cartel que estaba pegado en la pared anunciando las fiestas patronales del año 1965.

—Yo era joven por entonces. Acababa de terminar la mili y pensaba irme del pueblo para buscar trabajo en Madrid.

—¿Te fuiste?

—Sí, estuve dos meses, pero murió mi padre y tuve que volver para encargarme de las pocas tierras que tenía mi familia. No me gustaba trabajar en el campo y vendí las seis fanegas por cuatro perras. Quién las pillara ahora que han recalificado el terreno. En fin, no es el momento de lamentarse. El caso es que me costó trabajo volver a marcharme porque me había hecho novio con Benita, mi mujer, y porque había perdido parte de la ilusión al descubrir que en Madrid no me esperaba ninguna aventura. Empecé a hacer chapuzas para el ayuntamiento, y hasta hoy, en que ya no me dejan hacer los trabajos más pesados, como salir a la calle con una escalera para cambiar las bombillas de las farolas o podar los árboles de la plaza. Ahora me parezco más a un funcionario que a un trabajador porque no hago más que cambiar los papeles de sitio y pegar anuncios en el tablón de la entrada. Si te puedo ayudar en algo, cuenta conmigo, al menos estaré ocupado con algo más interesante que llevar cartas a Correos.

—¿Crees que sería posible disponer de un tablero grande sobre unos caballetes para extender los documentos y hacer una primera clasificación donde tenga todo a la vista?

—Sí, de todo eso sobra, pero lo mejor será que vengas conmigo al almacén y veas lo que te puede servir.

Eva se quedó sorprendida cuando entró en el almacén. No era un local muy grande, pero no sería difícil perderse entre marcos, husillos y crucetas de andamio que estaban junto a unas jardineras, los restos de un escenario, escaleras de aluminio, lámparas, pizarras o percheros. Nicolás le dijo que todo el material estaba distribuido en un cuidadoso desorden porque sólo él sabía dónde encontrar cada cosa. Junto a una pared había muchos tableros blancos de aglomerado y caballetes que se utilizaban para cualquier acto que se celebrara en el pueblo, desde encuen-

tros de encajeras, verbenas, mercadillos, concursos de *limoná* o cuestaciones para cualquier entidad benéfica o religiosa. En tres viajes se llevaron dos tableros y cuatro caballetes, con lo que apenas si quedó espacio para moverse en la habitación, pero era más importante organizar el material por lotes y no tener que revolver continuamente entre las cajas.

Nicolás se fue a colocar unos carteles que anunciaban los festejos del carnaval y a repartir varias citaciones. Eva se disponía a enfrentarse con una parte de la historia de Valenzuela. Encontró carpetas que contenían hojas sueltas, lotes de legajos atados con cuerdas, varios volúmenes encuadernados que parecían libros de actas, registro civil o de contabilidad, y muchos papeles aislados que podrían datar de épocas muy distantes entre sí, por el diferente estado de conservación que presentaban, pero en una primera impresión le parecía que todos los documentos eran muy antiguos, probablemente ninguno tuviera menos de doscientos años, por lo que se encontraría ante un valioso patrimonio histórico para la localidad. Por la manera en que estaban guardados, le daba la impresión de que se hubieran recogido con prisa y sin establecer ningún tipo de orden, y desde entonces no se hubieran vuelto a tocar. Por fortuna, debieron permanecer en un lugar bastante seco y aislado de insectos, por lo que el paso del tiempo no los había deteriorado hasta el punto de dejarlos inservibles.

Empleó el resto de la jornada en sacar los papeles de las cajas y distribuirlos. Todos los escritos quedaron extendidos en tantos montones como cabían sobre los dos tableros sin que hubiera podido aplicar ningún criterio de identificación de series documentales. Tras vaciar la última caja los examinó desde la distancia. Nicolás llegaba en ese momento para decirle que era la hora de salir. Él también se quedó mirando los montones de documentos.

—Cuántas historias, cuántas miserias, cuánta vida y cuánta muerte habrá detrás de esos viejos papeles que los que quedamos vivos no hemos sabido descubrir y comprender.

Esas palabras, en apariencia sencillas, encerraban más sabiduría que muchas de las lecciones que le habían dado durante la

carrera. Su trabajo no se debía limitar a la aplicación de una metodología para la documentación y clasificación de la historia de un pueblo. Había algo mucho más profundo y hermoso en aventurarse en el pasado, y recibió esas palabras como un estímulo para su labor.

Mientras comía con sus padres, Eva contó lo que había hecho por la mañana. Dijo que no parecía un trabajo apasionante porque se trataba de un pueblo con poca historia, pero era una labor que guardaba relación con lo que había estudiado y le parecía más interesante que pasarse ocho horas metida en una oficina atendiendo el teléfono. Ella tendría libertad para marcar la línea de la investigación y seleccionar lo que fuera prioritario. Ellos no quedaron muy convencidos con su explicación, pero al menos se trataba de un trabajo pagado y Eva parecía satisfecha con ese primer empleo donde podría aplicar la formación recibida.

En su habitación, mientras hojeaba el temario de las oposiciones, continuó pensando en lo que había observado. Nicolás le parecía un buen hombre que contribuiría a que la labor fuera más grata, pero su ayuda no bastaría para que el trabajo resultara eficaz. Necesitaba llevarse el ordenador portátil, que se había comprado con lo que ganó durante el verano poniendo copas en un bar y como acomodadora durante el Festival de Teatro Clásico de Almagro. Pensaba que no era justo que un trabajador tuviera que poner su propio equipo al servicio de quien le contrataba, lo que demostraba que en el ayuntamiento no existía demasiada preocupación por esos legajos. Pero ella no debía regirse por el interés oficial, y tras escuchar las palabras de Nicolás, creía que era posible encontrar algún documento que justificara la investigación y le aportara puntos de cara a las oposiciones o a futuros contratos.

Por la tarde acudió a la casa de su novio. No quiso extenderse hablando sobre su nuevo empleo porque temía que Vicente le quitara importancia a lo que había visto, y él tampoco le preguntó. Vicente comentó que en la fábrica pensaban contratar a una chica que tuviera conocimientos de inglés e informática para coordinar la sección de mercado internacional. Dijo que iba a ser un trabajo fijo y muy bien pagado, y ella podría tener muchas

opciones si se presentaba al puesto porque cumplía con los requisitos, aparte de que contaba con su aval. Eva le prometió que lo pensaría. En ese momento no podía decirle que estaba muy lejos de sus pretensiones pasarse el resto de su vida trabajando en una fábrica de muebles y, lo que era peor, teniendo la sensación de que el trabajo lo había logrado más por la mediación de su novio que por sus propios méritos.

Muy pronto se quedaron sin temas de conversación. Vicente no era una persona que compartiera sus emociones. Tampoco disfrutaba hablando de un libro, de una película o de un hermoso paisaje. Esa tarde todo su interés pasaba por llevársela a la cama, a lo que ella accedió sin excesivo entusiasmo. En el lecho, mientras su novio trataba de mostrar una gran pasión, Eva pensaba si sería capaz de pasar el resto de su vida junto a ese hombre que más de una vez había hablado de matrimonio y que estaba tomando decisiones sin contar con su opinión. Después le dio miedo seguir pensando y trató de satisfacer los requerimientos de su novio aparentando un deseo que ocultaba desilusión.

Por la mañana llegó puntual al trabajo, algo que no era habitual en los otros trabajadores del ayuntamiento. De hecho tuvo que esperar a que llegara Nicolás y abriera la puerta. Colocó el ordenador encima de la mesa, para ir anotando todo aquello que fuera observando durante el proceso de clasificación. Luego miró los legajos amontonados y casi abandonados. Lo primero pasaba por realizar una separación coherente de la documentación. Fue agrupando todo aquello que tenía una relación directa con la gestión del ayuntamiento, como libros de actas; de nombramientos y ceses; de sesiones; expedientes de constitución; bandos y órdenes municipales. También incluyó los libros de registro de entrada y salida de documentos. Otro apartado lo dedicó a todo lo que tuviera que ver con el censo, como cuadernos del padrón; altas y bajas; libros de defunciones; registro de matrimonios y nacimientos; expedientes de levas; libros de revista y de reemplazo. Un tercer apartado lo destinó a lo que estuviera relacionado con el personal laboral: expedientes administrativos; libros de retribuciones y todo lo relacionado con la contabilidad municipal. El siguiente grupo correspondía al apartado jurídico, como conci-

liaciones y concordias; expedientes de multas; procedimientos contenciosos y laborales; dictámenes y sentencias ejecutorias. Un nuevo apartado incumbía a sanidad, servicios sociales, expedientes de asistencia y cementerio. Dejó otro lote para obras, urbanismo y patrimonio, como expedientes de parcelación de amojonamientos; de roturaciones; registro de la propiedad y escrituras. Encontró bastantes escritos correspondientes a la agricultura y ganadería y lo relacionado con la conservación de montes y pastos, además del pago de diezmos a la Orden de Calatrava. También localizó documentación relacionada con cofradías religiosas, como libros de actas y constitución, así como eventos celebrados, y un inventario de los bienes eclesiásticos de la localidad. Y dejó un último apartado para todos aquellos papeles que a primera vista no eran fáciles de agrupar en ninguna de las categorías. Eran escritos que requerirían de más tiempo porque tendría que leerlos detenidamente para saber en qué apartado ubicarlos. Esos papeles estaban destinados a ser los primeros que sufrieran las consecuencias de la brevedad de su contrato. Decidió dejarlos en la estantería porque no quedaba espacio sobre los tableros.

Eva quería comenzar por el estudio de los documentos que parecían menos complejos para quitar algunos papeles de la mesa, con lo que se sentiría menos agobiada, y la concejala podría comprobar que estaba realizando una labor eficaz que merecía la pena continuar hasta el fin.

Nicolás apareció a las once en el despacho y le dijo que después de tres horas trabajando debía hacer un alto para tomar café. Todos los trabajadores tenían derecho a media hora de descanso y a echarse algún cigarrillo donde estuviera permitido fumar, y como ella no fumaba podría acumular todo el tiempo en una sola salida.

Se sentaron en una mesa del Hogar, ante la atenta mirada de los jubilados, que siempre hacían un alto en la partida cuando descubrían algo que se salía de la rutina. Nicolás le preguntó si había encontrado algo interesante. Eva dijo que aún era muy pronto para juzgar, aunque en su conjunto se trataba de documentos valiosos para conocer la historia del pueblo, pero no había en-

contrado nada que justificara el mote de la familia que los había guardado. Nicolás comentó que por la noche, mientras hablaba de ella con Benita, había tenido un presentimiento y estaba convencido de que podría cumplirse. Pensaba que una chica tan inteligente y guapa como ella no había llegado para hacer los tres meses de trabajo y desaparecer del pueblo. Creía que iba a suceder algo especial que cambiaría todos los planes previstos y dejaría una hermosa huella en su vida, así como ella la dejaría en el pueblo. Luego añadió que eso debía estar escrito en algún lugar. Eva, sin soltar la taza de café, le miró emocionada. Acababa de comprobar que Nicolás era un hombre muy diferente a su novio. Sabía transmitir esperanza, encontrar nuevas vías para crear la ilusión en los que se sentían perdidos. Algo no debía funcionar bien en el mundo para que los jóvenes buscaran lo seguro y limitaran su capacidad de aventura a los juegos de las consolas, mientras algunos viejos eran los encargados de jugar con la fantasía y crear sueños viables.

Durante las dos primeras semanas siguió el orden de trabajo que se había impuesto para agilizar la labor y se empleó en el lote de documentos relacionados directamente con el ayuntamiento. Una vez que se establecía el criterio de la identificación de series en diferentes apartados, sólo había que elaborar una ficha de cada documento con los datos principales para incorporarla a una base de datos desde la que se pudiera acceder a la ficha a través de la búsqueda por diferentes campos. Era imposible profundizar más en tan poco tiempo. Eva suponía que una vez que fueran guardados en el archivo municipal volverían a quedar en el olvido. Sólo verían la luz en el hipotético caso de que algún estudiante los solicitara para hacer una tesis doctoral, y no parecía probable que alguien por propia iniciativa quisiera investigar la vida de Valenzuela durante los siglos XVII y XVIII.

Una mañana estaba cansada de pasar datos al ordenador y decidió alterar la rutina que había seguido. Se dedicó a curiosear en el lote de documentos que a primera vista no supo integrar en ninguna de las categorías, y que era uno de los más amplios. Encontró un par de hojas que estaban escritas con la misma letra y

que no pertenecían a documentos oficiales porque sólo incluían texto. Era posible que pertenecieran a un relato inédito de la época, o tal vez fuera la copia realizada de algún manuscrito, incluso podría tratarse de la traducción de una obra escrita en otro idioma. Comenzó a leer una de las hojas y a anotar lo leído en el ordenador, aunque tuvo que intuir algunas palabras borrosas o incompletas, aparte de actualizar las expresiones utilizadas en la época que la academia de la lengua había corregido. Lo que Eva pudo transcribir fue:

«Al comienzo de la primavera de 1620 frey Rodrigo Mendiola se presentó en el horno, donde ayudaba a sacar el pan recién hecho, y me pidió que lo siguiera. Tenía que decirme algo que no debía escuchar ningún otro monje ni novicio del castillo de Calatrava. Era la primera vez que me hablaba en ese tono y debía tratarse de algo muy importante. Frey Rodrigo nunca malgastaba sus palabras y lo consideraba el hombre más sabio que había conocido. Marchamos hacia la parte trasera de la iglesia donde el monje cuidaba de un pequeño huerto en el que cultivaba algunas plantas que habían llegado desde América como el tomate o la patata. 'Muchacho, ha llegado el momento de que comiences la preparación para tu partida. No vas a ser monje calatravo ni vas a pasar en este castillo el resto de tu vida'. Yo traté de rebelarme contra sus palabras, pero no me permitió hablar. Dijo que antes de que me molestara por su decisión debía contarme toda la verdad sobre mi vida, y muy poco se parecía a lo que me habían contado los monjes desde que me acogieron en el castillo».

El texto escrito en esa página se había terminado y la otra hoja contaba un episodio muy diferente que debía pertenecer al mismo relato pero que no había manera de enlazarlo con lo que había anotado. Eva notó que sus manos temblaban mientras buscaba en el montón de legajos nuevas páginas que tuvieran relación con lo leído. Aquellas hojas manuscritas con una extraña caligrafía no sólo podrían justificar el mote de *Escrito está*, sino que adquirirían un notable valor en el caso de que hubiera descubierto

unos escritos inéditos, y si resultaban de un autor conocido se trataría de algo extraordinario, aunque no quería que su imaginación se desbocara. En cualquier caso, le parecía que se trataba de unos manuscritos muy sugerentes para ser estudiados porque se remontaban hasta el primer cuarto del siglo XVII.

Nicolás llegó en ese momento llevándole un refresco. Desde que había comenzado a trabajar, el ordenanza no la solía interrumpir porque era muy respetuoso con el trabajo ajeno, aunque, además de compartir varios desayunos, todos los días le hacía una breve visita para que no se sintiera sola y para saber si había hecho algún progreso que justificara su presagio. Eva agradecía su presencia porque siempre le aportaba ánimo.

—¿Qué tal va el trabajo? ¿Encuentras algo que nos haga salir en el telediario?

—Me temo que todavía no ha aparecido el testamento de ningún famoso, aunque sigo buscando.

—He estado hablando con algunos de los chicos, de los que tienen más de ochenta años, para ver si se acordaban de los que vivieron en la *Casa de los Notarios* y si conocían algún detalle de sus antepasados que tuviera alguna relevancia para la historia del pueblo.

—¿Qué has descubierto?

—Parece ser que había algo de cierto en lo que decían y existió un antepasado que llegó a ser un personaje conocido y muy respetado, aunque, según ciertas versiones, la Inquisición intentó borrar cualquier señal de su existencia. Supongo que todo esto hay que tomarlo con ciertas reservas porque ha pasado mucho tiempo y a los viejos nos gusta exagerar las batallas que hemos vivido.

—¿Cuándo vivió ese hombre?

—Nadie lo sabe con certeza, aunque parece ser que fue cuando reinaba alguno de los *Felipes* que hubo después del descubrimiento de América y cuando todavía los monjes habitaban el castillo de Calatrava la Nueva, el que está en lo alto del cerro, pasado Aldea del Rey.

—Eso suena interesante. Espero encontrar algo que nos guíe en esa dirección.

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites. Hacer de investigador privado a mi edad supone todo un reto, aunque me falte la pistola, carezca de un sombrero apropiado y no haya rubias peligrosas, aunque sí una morena de armas tomar —dijo antes de marcharse, contando con la sonrisa cómplice de Eva.

Ella creyó que no era el momento de comentar lo que había leído porque era muy pronto para hacer conjeturas y desconocía la entidad que podría alcanzar lo que empezaba a intuir.

Durante el resto de la jornada se dedicó a buscar todos aquellos escritos que tuvieran alguna similitud con el que había leído. No tardó en darse cuenta de que tenían un distintivo común que los diferenciaba del resto. Todos estaban firmados con una pequeña Cruz de Calatrava que estaba incrustada en la letra D, y al lado había dibujado un pequeño símbolo que parecía una estrella. Eva supuso que se trataba del sello distintivo del autor del texto, su firma, y no recordaba haber visto ninguno parecido en los documentos que había estudiado durante la carrera. En total encontró setenta y nueve pliegos manuscritos por las dos caras.

Cuando llegó el final de la jornada deseaba quedarse durante más tiempo leyendo esos papeles y encontrar la manera de darles el orden correcto para hacer su transcripción puesto que carecían de numeración. Al llegar a su casa no pensaba en otra cosa. Ya no se trataba de un trabajo que tenía que realizar a cambio de un sueldo, podría tratarse de algo mucho más importante. Ante todo primaba el deseo de aventurarse en esas páginas que le empezaban a parecer mágicas y que podrían otorgar sentido al augurio de Nicolás.

A partir de ese momento se le planteaba un nuevo problema que no le parecía fácil de resolver. ¿Qué hacer si esas hojas narraban algo que fuera de gran trascendencia histórica? ¿Se limitaría a informar de ello para que los documentos fueran reclamados por un archivo importante con el fin de que se estudiaran por otros investigadores más cualificados? Si hacía eso, los méritos serían para los otros, para los especialistas, y ella perdería cualquier derecho sobre la historia. Por otra parte, estaba obligada a presentar un informe de todo el trabajo que hiciera, y si en adelante daba prioridad a esas páginas, no podría justificar su labor

porque el estudio del manuscrito exigía de mucho más tiempo del que le habían concedido si quería realizar un trabajo serio. Sólo encontró una manera de compatibilizar la obligación con el deseo. Durante la jornada de trabajo seguiría con la clasificación de los documentos oficiales, mientras que dedicaría parte de su tiempo libre a leer esos papeles y ordenar su contenido de cara a una posible tesis doctoral o a la publicación del trabajo.

Al llegar a esa conclusión surgió un nuevo problema: la seguridad del manuscrito. Cuando acabara su contrato no sabía el destino que esperaba a los papeles ni dónde quedarían guardados. Si permanecían en el ayuntamiento, cualquiera se los podría llevar y hasta era posible que alguien se le pudiera adelantar y se dieran a conocer antes de que hubiera terminado el trabajo. Barajó la posibilidad de llevárselos a su casa, pero temía que la acusaran de robo, y tampoco ella podría garantizar su seguridad. Debía existir una manera de trabajar con ellos sin que se despertaran sospechas y sin que los propios documentos corrieran peligro, aunque antes de tomar una medida debía cerciorarse de que lo escrito en esos papeles tenía el valor histórico que ella deseaba atribuirle. Con muy poco que había leído su imaginación se había disparado y ningún otro trabajo le parecía tan fascinante, hasta tenía su componente clandestino que le incitaba a seguir buscando.

Al día siguiente dedicó las dos primeras horas a leer nuevas páginas del misterioso texto y descubrió que su autor era un tal Diego de Calatrava. Eran páginas inconexas entre sí pero que confirmaban el valor del manuscrito y no le quedaban dudas de que eran merecedoras de un riguroso estudio, aunque no se trataba de un autor del que se pudieran encontrar referencias en los libros de historia. Decidió quitar todos los pliegos de la estantería y guardarlos en una carpeta dentro del armario, fuera de la vista de cualquier intruso que pudiera entrar en el despacho. Pensaba dedicar el resto de la jornada a continuar con el trabajo burocrático por el que le pagaban, de cara a que la concejala de cultura pudiera hacer público un informe en el que notificara a la prensa sobre los importantes documentos de la historia de Valenzuela que habían sido recuperados gracias a la eficaz gestión del equipo de gobierno.

Esa mañana bajó a desayunar con Nicolás y decidió tantearlo para comprobar su reacción y saber si podía contar con su ayuda.

—Nicolás, supón que encontrara ciertos documentos que exigieran de mucho más tiempo para su investigación del que me han contratado, y que no sería conveniente hacer público su descubrimiento hasta que se hubieran estudiado a fondo. Supón también que quisiera ser yo quien completara la investigación, sin pretender con ello que me contrataran por más tiempo. Sólo querría que me permitieran trabajar con libertad y mucha discreción. ¿Crees que todo esto se lo puedo contar a la concejala y esperar su colaboración?

—De entrada, me parecen demasiadas suposiciones, pero hay algo de lo que estoy completamente seguro. Decirle a un político que tienes algo muy gordo entre manos y pedirle que sea discreto es lo mismo que pedirle a un lobo que te cuide el rebaño y sea bueno con las ovejas. Eso es imposible, y no lo digo porque la concejala no sea buena persona, pero el lobo tampoco ataca a las ovejas con el fin de fastidiarnos, sino porque está en su ser. Los lobos necesitan comer carne, los políticos necesitan largar todo aquello que les pueda beneficiar a corto plazo y no son capaces de ver a quién perjudican con ello. Ahora déjate de suposiciones y dime la verdad porque no me interesa la política, pero sí quiero a mi pueblo. Y por lo que has dicho, hasta un analfabeto como yo podría suponer que has encontrado lo que está escrito, que eso nos puede beneficiar a todos y que requiere de mucho más tiempo de estudio antes de hacerlo público. Y supongo que quieres ser tú quien complete el trabajo antes de que la concejala salga en la foto mostrando los papeles.

—No hubiera sabido expresarlo con mejores palabras. Yo no cuento con un buen currículum y sé que si comento algo de lo que estoy empezando a sospechar no me permitirían seguir adelante con la investigación. Le encomendarían la labor a gente más experta, que posiblemente no la tomara con tanta ilusión. Para mí se trata de algo más que un trabajo, es una oportunidad que ni siquiera me atrevía a soñar —dijo Eva emocionada.

—Mira Eva, la edad no me ha hecho más listo, aunque sí algo más prudente, y esa prudencia, que me podría llevar a aconsejar-

te que no te entusiasmaras tanto con lo que estás haciendo porque la gente es muy desagradecida, también me dice que aquello que ha estado varios siglos oculto sin que nadie lo eche en falta puede seguir criando malvas durante algún año más. Mi abuelo Eusebio no era un sabio, pero de vez en cuando tenía alguna ocurrencia que no estaba mal, y una vez me dijo: «Cumple con el trabajo por el que te pagan y trata de disfrutar con el trabajo que te impones porque nadie te lo pagará». Sólo puedo aconsejarte que cumplas con tu trabajo y cultives tu pasión, y si puedo ayudarte en algo, no lo dudes porque también me gusta la historia de mi pueblo, y no creo que nadie con más galones pueda hacerlo con más ilusión y seriedad que tú. Ya te dije que había tenido un presagio y creo que esto sólo es el principio. Y también te digo que el mejor lugar para guardar esos papeles no es el ayuntamiento porque hay demasiadas llaves y no es fácil controlar a todos los que pasan, y lo que no hace la mala fe lo puede hacer el descuido.

Eva no pudo reprimirse y le dio un abrazo, lo que supuso el aplauso espontáneo de los otros ancianos que había en el salón, y no porque hubieran escuchado la conversación, sino porque uno de los suyos era abrazado por una joven hermosa. Eva se ruborizó, pero Nicolás se exhibió orgulloso ante el resto cuando salían del Hogar.

De regreso al despacho, Eva le mostró el lote de papeles que necesitaba estudiar con la máxima discreción.

—Yo pensaba que iban a ser más. Nadie los va a echar en falta si nos los llevamos, y estarán mejor cuidados que aquí.

—¿Cuál sería el mejor sitio para guardarlos?

—En mi casa tengo un armario que apenas si se utiliza y está bien protegido de la carcoma y la humedad. Allí estarán seguros. Nadie podrá decir que los han sacado del pueblo y no creo que a estas alturas vayan a meterme en la cárcel por robo. Podrás consultarlos tantas veces como quieras porque mi casa es la tuya, aunque la que manda sea mi mujer, pero Benita estará encantada de ayudarte.

—Es muy importante que nadie sepa lo que estamos haciendo antes de que llegue el momento de descubrirlo.

—No te preocupes por mí. Te aseguro que seré una tumba y nadie meterá la mano en esos papeles, aunque me gustaría que me contaras todo lo que fueras sabiendo porque tengo mucho interés y porque algo tendremos que decirle a Benita. Ella también es de fiar y guardará el secreto.

—Entonces lo mejor será decirle la verdad para que ambos sepáis las posibles consecuencias, y os prometo que estaréis al tanto de todos los pasos que dé.

Ese día esperaron a que saliera todo el personal del ayuntamiento y metieron la carpeta que contenía los escritos de Diego de Calatrava en una bolsa de plástico. Luego fueron hasta la casa de Nicolás, donde la guardaron en un armario. Su mujer los miraba extrañada, pero Nicolás le dijo que se trataba de algo muy importante que le explicaría con calma durante la comida.

Eva se quedó más tranquila sabiendo que los papeles se encontraban en un lugar seguro, aunque la propia ubicación de los documentos hacía complicado su estudio porque no quería molestar a Nicolás y Benita cada vez que quisiera consultar parte del texto, además de que era partidaria de que no se diera una excesiva manipulación a los pliegos para no contribuir a su deterioro. La mejor manera de trabajar con el manuscrito consistía en digitalizar las hojas con la mayor resolución posible. Los pliegos eran más grandes que los folios para poder escanearlos, y ella carecía de los medios para hacer fotos digitales de gran calidad que pudieran quedarse archivadas en el ordenador para trabajar con ellas como si se tratara del propio original.

Vicente contaba con una cámara digital muy buena y disponía de los medios más sofisticados para procesar las imágenes, pero tenía demasiado afán acaparador y acabaría por imponer sus propias condiciones, tanto a la hora de hacer el trabajo como en su conservación. Pero, por encima de cuestiones técnicas, Eva sentía cierto reparo en hacerle cómplice de su descubrimiento. Era su novio y debía ser la persona en la que más confiara, pero sabía que no iba a compartir su entusiasmo y con un simple comentario sería capaz de derrumbar toda la ilusión que estaba empezando a albergar, y eso no lo podría soportar. Aunque tampoco sabía cómo desenvolverse para mantenerlo al margen de la

historia y durante cuanto tiempo lo podría lograr.

Después desestimó la posibilidad de acudir a una tienda de fotografía porque el trabajo sería costoso y no contaba con garantías de que no guardaran alguna copia de los documentos. Existía otra opción, pero se lo tenía que pensar mucho antes de recurrir a ella. Tenía un buen amigo que contaba con mucha experiencia en fotografía digital por su trabajo de diseñador gráfico. Incluso le había dado clase en un taller de procesamiento de imágenes en ordenador que se impartió en la Universidad Popular. Sabía que era una persona que la apreciaba mucho y que no iba a desvelar su secreto, pero ese hombre no mantenía una buena relación con Vicente, en realidad su novio lo odiaba, aunque no sabía cuál era el motivo, pero desde que se había hecho novia no había vuelto a hablar con Ernesto y se sentía mal porque no era una decisión propia. Temía que Vicente pudiera tener una reacción muy violenta si se enteraba de que había pedido un favor que estaba a su alcance a alguien que detestaba. Entendía que Vicente pudiera sentirse humillado, pero no debía condicionar su vida por imposiciones ajenas.

Durante la noche le costó conciliar el sueño tratando de encontrar una solución que no provocara un conflicto mayor que el que pretendía resolver, y por la mañana no había resuelto el problema. Unas ojeras muy marcadas delataban el insomnio y la preocupación, aunque sólo Nicolás pareció reparar en su malestar. Durante el desayuno hablaron del tema.

—Si tienes un novio del que no te fías y un amigo del que no se fía tu novio, existe un grave problema que yo no sé resolver y me temo que no dejará de crecer con el paso del tiempo. Pero si quieres fotografiar esos papeles con total discreción, te será más útil alguien de quien te fíes que alguien a quien ames, y si esto te genera otro problema, tendrás que pensar en la manera de buscarle una solución. Yo no sé matemáticas, pero pienso que los problemas se deben solucionar en el orden en que se plantean, y con esto no sé si he dicho algo que te sirva.

La lógica de Nicolás era muy diferente al pragmatismo de Vicente. Nicolás la utilizaba para encontrar el camino más corto para salir del laberinto, mientras Vicente lo usaba como recurso

para salir victorioso de cada conflicto, sin que le preocupara el daño que pudiera ocasionar con sus verdades aplastantes que siempre incidían en el punto más débil de quien tenía enfrente.

Esa misma tarde llamó a Ernesto. Quedaron para tomar café y contarle el trabajo que quería hacer. En los últimos días había reducido la frecuencia de los encuentros con su novio aduciendo que necesitaba tiempo para estudiar, algo que Vicente había aceptado con bastante recelo. Ella sabía que se iba a enfadar si se enteraba de ese encuentro, pero debía correr el riesgo y no estaba dispuesta a arrugarse.

Ernesto estaba esperando cuando llegó a la cafetería. Tenía dos años más que Vicente y era un hombre con el que se sentía cómoda cuando hablaba porque escuchaba con atención a quien tenía delante, una sensación que no recordaba con su novio.

Su amistad había nacido por casualidad. Un día, del que habían pasado ocho años, ella estaba haciendo una suplencia por vacaciones en la oficina de turismo. Entró un hombre en el local, que ella sólo conocía de vista, llevando una cámara de fotos. Le dijo que estaba participando en un maratón fotográfico que se celebraba en Bolaños y una de las pruebas consistía en fotografiar una sonrisa. A través de un amigo supo que estaba trabajando en la oficina y quería hacerle la foto porque su sonrisa le parecía la más bonita que había visto en el pueblo. No lo dijo en un tono seductor, sino con la seguridad del que sabe de lo que habla y pide ayuda. Ella no pudo negarse a que hiciera la foto, pero estaba muy nerviosa y pensaba que no iba a salir bien. Ernesto le dijo que se olvidara de la cámara y le permitiera elegir el momento de disparar porque sólo podía hacer un retrato. Un par de semanas después volvieron a coincidir y le dijo que había ganado un premio con esa foto, y puesto que el trabajo lo habían hecho a medias le parecía que lo justo era compartirlo. Ella se negó a aceptar el dinero. Ernesto le propuso celebrarlo con una comida en el mejor restaurante de la ciudad para seguir contemplando su sonrisa y ella no supo ni quiso negarse. Desde aquel día se empezó a fraguar una amistad que no requería de muchos encuentros y en la que no se cuestionaba la vida privada de cada uno.

Eva quiso disculparse por no haberlo visto últimamente. Er-

nesto respondió que no tenía que justificarse porque carecían de cualquier compromiso. Parecía extraño que ninguno de los dos hubiera hecho referencia a Vicente cuando ambos sabían que era el causante de ese distanciamiento, puede que por eso mismo lo hubieran evitado. Mientras tomaban café, Eva le contó que tenía que hacer ciento cincuenta y ocho reproducciones, con la máxima resolución posible, de pliegos manuscritos que tenían un tamaño de treinta y cinco por veintiséis centímetros.

—No veo ningún problema si se trata de hojas sueltas. Sólo necesito la cámara con el trípode y una superficie plana que sea de un tamaño similar a los papeles. Yo llevaré dos pequeños focos con difusor para darles una luz uniforme y que se puedan reproducir hasta aquellos detalles que no se ven a simple vista.

—Hay un problema añadido. Durante algún tiempo necesito que nadie sepa de lo que se trata.

—Si quieres guardar el secreto y que me quede al margen, te puedo dejar todo el material y haces tú las fotos con las indicaciones que te dé, aunque Vicente también tiene una cámara muy buena.

—Prefiero no mezclarlo en este tema —dijo Eva tras guardar silencio durante unos segundos—, aunque no sé explicar el motivo.

—También existe la posibilidad de que yo haga las fotos, las procesemos en mi ordenador y te grabé un disco con las imágenes, al tiempo que borraré toda la información del disco duro y de la cámara para que te quedes más tranquila porque sólo tú tendrás las fotos.

—No se trata de que no me fíe de ti, pero me he vuelto demasiado suspicaz con este trabajo, quizás porque tengo miedo que me venga grande y cualquiera se me pueda adelantar. Cuando lo pueda contar, serás uno de los primeros en saberlo.

—No tienes que darme explicaciones. Cuando te dije que podías contar conmigo, me refería a que tú ponías las condiciones, aunque pienso que ya deberías saber que no haría nada que te pueda perjudicar.

—Lo sé muy bien. Eso es algo de lo que nunca he dudado, aunque hay otra cosa más que te tengo que decir. Por ahora no tengo dinero para pagarte el trabajo.

—En ningún momento pensaba cobrarlo. De vez en cuando suelo concederme el derecho de elegir lo que me apetece hacer y con quien, y tú eres una de esas personas a la que no deseo poner límites porque mereces llegar muy lejos. Sólo te pido que hagas un buen trabajo y que cuentes conmigo si necesitas otro tipo de ayuda que pueda estar a mi alcance.

—Puede que la necesite, aunque más adelante, cuando sepa la importancia real de lo que hay escrito en esos documentos.

Eva estaba ilusionada después de ese encuentro. Ella se sentía violenta cuando tenía que pedir algo porque pensaba que no tenía nada que ofrecer a cambio, como si sólo pudiera dar amistad y eso tuviera muy poco valor; pero se había equivocado porque dos personas tan diferentes como Nicolás y Ernesto le habían ofrecido su ayuda de una manera incondicional. Al menos para esas personas su amistad sí tenía mucho interés, y eso todavía le hacía cuestionarse más su relación con Vicente. Amaba a un hombre en el que no le era fácil confiar y con el que no podía hablar con naturalidad, lo que no le parecía normal ni sano, aunque le daba miedo profundizar en la reflexión.

Por la noche vio a su novio. A simple vista, no había duda de que era un hombre más atractivo que Ernesto. Tenía un trabajo con el que ganaba bastante dinero y era generoso con los regalos que le hacía, a pesar de que mostrara más poder adquisitivo que gusto. Vicente le decía a menudo que estaba enamorado, aunque lo manifestaba en un sentido posesivo de la palabra, como si ella fuera la afortunada que había elegido y eso fuera suficiente. Eva notaba que la ilusión por verlo cada día se estaba difuminando y todo aquello que le gustaría hablar con el hombre al que amaba debía ocultarlo para no sentirse aplastada por la seguridad de su novio. Esa noche apenas si tardaron media hora en discutir y se debió a que Vicente comentó que había pensado que podrían fijar la fecha de su boda para mayo del año siguiente. Eva respondió que todavía no era el momento de hablar de la boda porque antes quería tener la oposición aprobada, algo que a Vicente le sonaba como una simple excusa para no comprometerse. Eva se marchó a su casa apenada por la relación con su novio, pero ilusionada por el trabajo que tenía por delante.

Ernesto acudió puntual a la cita. Nicolás y Eva habían preparado un atril, sacado de la Casa de Cultura, que sería un excelente soporte para fotografiar los pliegos manuscritos de Diego de Calatrava. No tardaron en dejar montada la cámara y los focos. Podría haberse tratado de un trabajo lento y pesado, pero entre los tres organizaron la labor para darle agilidad. Eva era la encargada de controlar las hojas que se iban fotografiando para que ninguna se quedara al margen, Nicolás las colocaba sobre el atril dejando los pliegos siempre en la misma posición y lo más planos posible, mientras a Ernesto le correspondía ajustar el encuadre y disparar la cámara. En menos de dos horas habían concluido la sesión de fotos, y todos, junto a Benita, que se había incorporado después de terminar su sesión de encaje, tomaron un café con torta en el comedor. Eva se sentía orgullosa de la ayuda que estaba recibiendo.

Nicolás y Benita se estaban convirtiendo en poco menos que unos padres adoptivos, incluso miraban a Ernesto con curiosidad, pero sin afán de suponer más de lo que veían, mientras Ernesto parecía ilusionado por colaborar. Después, en la misma habitación donde habían hecho las fotos, Ernesto conectó su ordenador portátil y procesaron todas las imágenes con un programa de tratamiento fotográfico. Eva se quedó sorprendida por la calidad de las fotos. Las podía ampliar con el ratón hasta ver la textura del papel o el trazo de la pluma, algo que sería muy complicado de hacer con los originales sin deteriorarlos. Ernesto copió todo el trabajo en dos discos diferentes, para tener una copia de seguridad, los entregó a Eva y borró la información de su ordenador. Antes de que se marchara sonó el móvil de Eva. Era su novio y estaba molesto porque no sabía dónde estaba, incluso había acudido a su casa a preguntar. Ella trató de disculparse y dijo que esa tarde se había quedado en Valenzuela para estudiar con más tranquilidad, pero Vicente no se quedó satisfecho con la explicación. Cuando apagó el teléfono se sentía avergonzada. Ernesto se había dado cuenta y no hizo comentarios sobre lo que había escuchado. A Eva le hubiera gustado hablar con él, pero no sabía qué decir y se limitó a agradecerle lo mucho que estaba haciendo por ella.

—Cuidate y ten fe en lo que estás haciendo. Ningún hombre se merece que una princesa renuncie a sus sueños.

Eva no supo contestar, pero cuando Ernesto se fue notó que sus ojos se llenaban de lágrimas. Nicolás y Benita se habían mantenido a prudente distancia. Eva se acercó a darles un beso antes de marcharse. Tenía la sensación de que en el futuro iba a necesitar de su apoyo.

Con los documentos bien guardados y con las fotos en su poder, Eva pudo continuar su trabajo oficial con normalidad, avanzando lo más rápido posible para que la concejala quedara satisfecha por su labor, pero una vez concluida la jornada salía rápidamente del ayuntamiento y se dirigía a su casa, donde tenía una labor mucho más compleja y bella que realizar.

En cuanto acababa de comer y ayudada a su madre a limpiar la cocina se encerraba en su cuarto. Los temarios de la oposición quedaron archivados en una estantería sin que tuviera ningún interés en recuperarlos hasta que hubiera completado su investigación sobre Diego de Calatrava, aparte de que se oían rumores de que no se iba a convocar hasta el año siguiente.

A medida que iba avanzando con las páginas leídas, y les iba encontrando su ubicación dentro de la narración, su manera de mirar el texto se alteraba. Al principio lo hacía como si se tratara de un descubrimiento que podría ser trascendente para su futuro profesional y primaba la labor documental, pero la curiosidad por Diego de Calatrava y su época estaba yendo más allá del mero afán investigador. El texto debía formar parte de un único relato que se había prolongado durante bastante tiempo, pero no se podía leer como una novela o como una crónica histórica, sino que se trataba de la suma de una serie de acontecimientos aislados entre sí y en el que se habían perdido bastantes páginas. Su obligación profesional consistía en realizar un estudio riguroso de los textos para que no se le escapara ningún detalle, y el trabajo de documentación pudiera ser estimado por los expertos en la materia, incluso se podría incluir en una publicación especializada, pero algo estaba ocurriendo que la guiaba a contemplarlo de otra manera. Sentía una poderosa atracción por el protagonista y

llegó a pensar que el propio autor le estaba lanzando un reto para que no se limitara a clasificar sus escritos, le pedía que profundizara en ellos, que se metiera en su propia piel y relatara la historia con una voz actual que pudiera despertar la curiosidad de los que quisieran conocer a Diego de Calatrava y a los que vivieron cerca de él.

Recordó las palabras que había dicho Nicolás cuando vio los montones de papeles sobre los tableros. Detrás de ese manuscrito había vida, muerte, hermosas conquistas, miseria, un largo aprendizaje, mucho dolor y una bella aventura: la búsqueda del amor.

Durante su permanencia en la universidad no se había planteado el aprendizaje como una necesidad vital. Había sido una buena estudiante y aprendía todo aquello que le podría ser útil para aprobar, pero nunca se había planteado cómo sería su vida si hubiera nacido en el Campo de Calatrava durante la primera mitad del siglo XVII. Tampoco se había preguntado sobre lo que hubiera ocurrido durante aquellos años en su tierra más allá de los grandes acontecimientos históricos que se citaban en los libros. Leyendo esas hojas tenía la necesidad de aprender, de conocer todo aquello que no se estudiaba en la carrera y de profundizar en pequeños acontecimientos de la vida cotidiana del Siglo de Oro. A través de Internet y en la biblioteca de la universidad se puso a buscar cualquier posible referencia sobre Diego de Calatrava, pero no encontró ningún documento que lo mencionara. Sentía que se trataba de una historia que había permanecido casi cuatro siglos en el olvido esperando el momento de ser rescatada, y ella era la elegida para desvelar una hermosa aventura que no tenía nada que envidiar a lo que contaban los mejores textos de la época.

Mientras en el trabajo asumía su labor con el máximo rigor posible para que quedara evidencia de su capacidad, cuando se sumergía en el texto de Diego de Calatrava su mente se distanciaba y comenzaba a viajar hacia principios del siglo XVII, precisamente la época histórica de mayor esplendor en su tierra, aunque también fuera la del declive del imperio español. Eva tenía miedo de sumergirse en el texto con libertad porque no era escri-

tora y nunca se había considerado capaz de crear algo, y mucho menos de plantearse la construcción de una novela. Aunque en ese caso no se trataba de una creación propia porque contaba con un excelente guión y con algo más que resultaba intangible y muy difícil de explicar sin que fuera tachada de estar desequilibrada, notaba como si Diego deseara contarle su viaje por la vida y hasta le pedía que lo hiciera en primera persona, que ella interpretara sus palabras como si fueran propias y pudiera recrear lo que él había vivido.

Durante varios días estuvo dando vueltas a la situación que se le planteaba al considerar que podría tratarse de un proyecto descabellado que incluso podría perjudicarle gravemente en su labor investigadora por incumplimiento de la ética profesional, pero la voz de Diego de Calatrava era mucho más poderosa que cualquier obligación laboral, y notaba que su fantasía se disparaba al leer los textos y cuando consultaba cualquier documentación que estuviera relacionada con lo que contaba Diego. Eva estaba viajando hacia el pasado y en el interior de su habitación no era consciente de que su propio presente se movía a otra velocidad que le podría conducir al abismo. Sus encuentros con Vicente y con sus amigas sólo formaban parte de una rutina que cada día tenía menos interés. Sus padres estaban preocupados por la gran cantidad de horas que pasaba encerrada. Hasta había dejado de ir al gimnasio para disponer de más tiempo para documentarse y aprender. Sólo disfrutaba en las paradas que hacía para desayunar junto a Nicolás, y en las que se mostraba más entusiasmado en la historia que ella misma, a pesar de que conociera muy pocos detalles. Ese era el único momento en que hablaban del tema porque Nicolás y Benita cumplían a rajatabla el pacto de silencio, mientras estaban atentos a cualquier información que pudieran recabar sobre la familia que vivió en la *Casa de los Notarios* y sus antepasados.

Su contrato laboral llegaba a su fin. Acababa de iniciar la última semana en la improvisada oficina que se había convertido en la cueva del tesoro. Los tres meses habían pasado mucho más rápido de lo que esperaba. Sentía pena por dejar el trabajo que le

había abierto las puertas a algo que nunca imaginó. Sabía que en los siguientes meses dispondría de más tiempo libre para continuar con su historia, pero se quedaría sin la coartada que le servía de tapadera de cara a su familia y a su novio, y sin ese escudo se sentía muy débil.

Le faltaba por entregar toda la documentación clasificada y un informe con las conclusiones extraídas del trabajo. Sólo el treinta por ciento del material descubierto quedaba plenamente documentado, mientras el resto se hallaba archivado por materias. Estimaba que serían precisos cuatro meses más de trabajo para ponerlo todo al día. Nicolás le había llevado archivadores nuevos para que los documentos quedaran guardados y se llevaran posteriormente a lo alto de las estanterías de una habitación donde se almacenaban los expedientes del registro municipal. Allí, como los buenos vinos, podrían permanecer muchos años en reposo sin que nadie reparara en su existencia.

El penúltimo día, cuando ya tenía el informe preparado para entregárselo a la concejala, le comentó a Nicolás que sus augurios llevaban camino de cumplirse y su relación con Valenzuela se podría alargar durante bastante tiempo. Le contó que se estaba planteando algo que podría ser una locura, pero el deseo superaba a la razón, aunque temía que su quimera no se completara porque se le acabaran las ideas o los medios para sostenerlas. Sus recursos eran muy limitados y esa labor podría llevarle un tiempo que le resultaba muy difícil de justificar ante su familia, aparte de que no podría pedir apoyo a otras personas sin que pensarán que era una desequilibrada.

—Mira Eva, mi poca experiencia me dice que la vida casi siempre suele dar la oportunidad de arrepentirse de aquello que se ha hecho mal, pero con lo que no se ha intentado no existe esa posibilidad, y el remordimiento no para de crecer. No temas equivocarte, porque en este caso tú te has ganado el derecho a hacerlo. Esos papeles han estado infinidad de años sin que nadie les preste atención, hasta que casualmente han caído en tus manos. A lo mejor no se trata de ninguna casualidad y te han estado buscando precisamente a ti porque eres capaz de leer mucho más allá de lo que hay escrito y puedes descubrírnoslo a los ignorantes. Y

también te digo que todo aquello que yo pueda hacer para que completes el trabajo lo tienes a tu disposición sin ningún límite porque tú también me estás ofreciendo algo hermoso. Cuando uno tiene más de sesenta años no es fácil entusiasmarse con algo, y tú me has dado esa ilusión por revolver en el pasado y buscar entre lo que nunca se creyó importante, y que conste que mi mujer piensa lo mismo que yo porque te ve como si fueras una hija.

Las palabras de Nicolás suponían un maravilloso estímulo de cara a embarcarse en esa aventura tan extraña como fascinante. A partir de ese momento quedaba autorizada para mirar su proyecto de una forma diferente, de una manera más creativa que científica, a pesar de que la pudieran considerar una hereje, aunque eso no suponía que tratara de eludir el rigor histórico. Por fin se concedía el permiso para fiarse de su propia mente y para buscar la respuesta a la infinidad de preguntas que habían aparecido a medida que realizaba nuevas lecturas del manuscrito y antes de escribir una sola palabra.

Su trabajo en el ayuntamiento había concluido y la concejala se mostró satisfecha con su labor. En su despacho quedaba un amplio dossier que contenía un detallado resumen de todo lo encontrado para que pudiera hacerlo público, tanto en la comisión de gobierno como a través de la prensa comarcal, y que su pueblo conociera el considerable incremento del patrimonio histórico de la villa. En ese informe no había ninguna indicación sobre Diego de Calatrava, y nadie había reparado en la ausencia de setenta y nueve pliegos, lo que suponía que quedaba libre para dedicarse a su obra.

La despedida de Nicolás y Benita fue breve porque no suponía un final. Eva pensaba ir a menudo para informarles de lo que hiciera y para contemplar los papeles que custodiaban. Por entonces no imaginaba que esos dos ancianos entrañables iban a tener mucho más protagonismo en su propia vida.

El final de su trabajo coincidía con el mayor esplendor de la primavera y con el despertar de un nuevo interés por conocer su propia tierra, ese Campo de Calatrava en el que nunca había reparado porque siempre había estado allí, como si fuera un lugar

inalterable y de transición que le parecía mucho menos interesante que infinidad de lugares que sólo conocía por las imágenes de televisión. Tenía una gran ilusión por estudiar su propia tierra desde todos los puntos de vista que estuvieran relacionados con la vida durante el siglo XVII, tanto filosofía, religión, arte, derecho, historia de España y de la región, medicina, teatro... Cualquier campo que tocara Diego de Calatrava suponía un nuevo tema de búsqueda, pero Eva no se enfrentaba a ello como una obligación. Cada nueva puerta que abría incrementaba su capacidad de ver, y se dio cuenta de que no existe mejor estímulo para el aprendizaje que la necesidad.

La elaboración de la primera parte del relato le llevó más de un mes, con el consiguiente disgusto de Vicente que se sentía relegado a un segundo plano y sospechaba de la presencia de otro hombre en su vida. A ella le hubiera gustado decir que era cierto, que había un hombre de cuatrocientos años que le atraía mucho más que él porque estaba más vivo y transmitía ilusión, pero temía que eso hubiera agravado una relación de la que cada día estaba menos segura, aunque más miedo le causaba la soledad.

El proceso de redacción fue tan duro como alentador. El texto original estaba dividido en cinco partes y ella decidió respetar la estructura y tratarlas por separado. Si abordaba la obra en su totalidad sería muy fácil que se sintiera desbordada. Dudada con cada palabra que escribía, con la manera de redactar las frases, y temía no hacer justicia a Diego de Calatrava al optar por hacer la narración en primera persona, como si ella supiera más que el propio protagonista. Se despertaba durante la noche con la necesidad de escribir algo que se le había ocurrido. Temía que su memoria fuera frágil y por la mañana hubiera olvidado las buenas ideas que nacían en los instantes previos al sueño. También dedicaba buena parte del tiempo a leer novelas, aunque no lo hacía con el propósito de disfrutar de la lectura, sino para estudiar la técnica de narración empleada por los mejores escritores. Revisó muchas veces lo escrito antes de darlo por terminado, aunque al mismo tiempo tenía cierta sensación de urgencia. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que tuviera que dedicarse a otro

trabajo. Pero finalmente llegó el día en que decidió dar por acabada la primera parte, aunque no descartaba volver a ella cuando hubiera terminado toda la historia, pero no podría continuar con la labor si antes no cerraba ese capítulo.